

Examen sorpresa.

Con un portazo que suena más al estallido de una granada que a una tabla de madera recolocándose en su sitio, es cómo cada día, a las tres y diecisiete, me entero de que mi maravillosa hija, ahora monstruo adolescente, ha vuelto a casa.

—¡Hola, hija! ¿Qué tal el día?

—Déjame en paz.

Y oigo estallar una segunda granada cuando se encierra en su cuarto. No se lo tome el lector como algo personal, no es con ustedes, ni conmigo, es sólo que durante la adolescencia necesitan rebelarse contra todo lo conocido para aprender a explorar lo desconocido, o eso dicen los psiquiatras de Youtube.

Al rato, mientras comemos, y ella nos mira enfadada porque hemos prohibido el móvil en la mesa, lo vuelvo a intentar, porque a menudo la paternidad tiene mucho de masoquismo.

—¿Qué tal las clases hoy?

—Una mierda.

—Esa boca. —Mi mujer, que también tiene mucho de masoquista, aún no se ha rendido en su propósito de que la niña no sea una mal hablada.

—¡Pero si me ha preguntado él!

—¿Qué ha pasado? —interrumpo antes de que la palabra “mierda” suponga una semana de enfados y castigos entre madre e hija.

—Marta Vázquez que es una... —se detiene un momento y mira a su madre— bruja.

—¿Quién es Marta Vázquez? —Definitivamente ese nombre no me suena.

—Te lo he dicho un millón de veces, papá... Es que no me escuchas —y añade perdonándose la vida—. La de lengua, que está amargada y quiere suspender a toda la clase.

Mi mujer y yo suspiramos, otro examen suspenso que no es culpa suya.

—¡Eh! No hagáis eso, que todavía no he suspendido nada. Pero vamos, que voy a suspender porque es imposible aprobarlo.

—¿Por qué imposible?

—Pues porque va a ser un examen sorpresa, en cualquier momento de este mes nos va a decir “sacar una hoja” y ¡Hala! ¡Examen!

—Pero si ya sabes que vas a tener un examen sorpresa, no es sorpresa ¿no? Te lo estudias desde ya, y así cuando llegue estarás preparada.

Juro, ante el lector que quiera creerme, que al pronunciar estas palabras no he pretendido enfadarla. Al revés, iluso de mí, pensaba que la tranquilizarían ante el terrible examen sorpresa. Pero se ve que no he conseguido lo que esperaba, porque me está mirando con su cara de “voy a escupir veneno como sólo un adolescente sabe hacerlo”.

—¡Claro! ¡Qué listo! Cómo soy viejo, soy listo, y tengo la solución mágica para todo ¡Estudiar! Si sabes que viene no hay por qué tener miedo. Pues si fuera tú, iría estudiando para la muerte, que la debes tener ya a la vuelta de la esquina, y total, si desde el principio sabes que viene, no le deberías tener miedo, ¿no? Estudias y ya está.

Ella se levanta de la mesa sin terminar de comer, y se va a su cuarto. Seguramente a por su móvil. Mi mujer la sigue, también sin terminar su plato, con toda probabilidad, para exigirle que se disculpe conmigo. Esa discusión les llevará un rato, y la ganará mi hija, pero, aun así, le agradezco a mi señora el esfuerzo. Sobre todo, porque me deja tiempo a solas para pensar.

No sé si he pasado demasiado tiempo junto a ella, o si es por la crisis de la mediana edad, o tal vez estoy un poco loco, pero el argumento me parece fascinante. Si sabemos desde que nacemos que nos vamos a morir ¿Por qué nos da miedo la muerte? ¿No deberíamos prepararnos y ya está? Y es en este preciso instante, un mediodía de jueves, mientras se enfrían tres platos en la mesa y se escuchan gritos al fondo del pasillo, cuando decido que consagraré mi vida a prepararme para la muerte.

Para ser consecuente con mis palabras, empiezo, justo, por dónde le he recomendado a mi hija, y me pongo a estudiar. Leo cientos de tratados de filosofía, medicina y

teología, incluso alguno de esoterismo. Hago esquemas y resúmenes. Y conservo las citas y conclusiones más importantes, organizadas según mis propias categorías, en archivadores de colores. Al contrario que mi hija, siempre he sido un buen estudiante.

Por fortuna, durante esta etapa, compruebo que es cierto lo que dicen de educar con el ejemplo, o quizás sea sólo que ya ha pasado lo peor de la adolescencia, porque mi hija empieza a estudiar y, por consiguiente, a aprobar. No se veían tantas sonrisas en casa desde que la pequeña dedicaba todo su día a hacer monerías para que la grabáramos.

Me lleva un par de años completar esta etapa, pero cuando al fin me siento preparado me enfrento a la pregunta ¿Cómo puedo comprobar que verdaderamente no tengo miedo a la muerte? Querido lector, sólo hay una respuesta posible, lamentablemente, voy a tener que morirme.

Estoy en la calle esperando al coche adecuado, ya lo sé, está mal, voy a traumatizar a alguien para el resto de su vida, pero no se ha hecho ningún avance sin sacrificios. Pasa un buen rato hasta que veo acercarse un coche que rebasa el límite de velocidad por un margen suficiente, y cuando por fin aparece, lo veo llegar y marcharse sin saltar delante. Justo cuando iba a coger impulso el miedo me ha paralizado. Aún temo a la muerte, visto en perspectiva, que antes les dijera “Lamentablemente, voy a tener que morirme” no era buena señal.

Invento una segunda fase para mi investigación, y paso de la palabra escrita al testimonio en primera persona. Recorro hospitales y residencias de ancianos entrevistando a personas a las que la muerte mira cada día a los ojos. Intento deducir si tienen miedo y por qué. A la mayoría no les gustan mis preguntas, y a las que sí, lo que de verdad les gusta es escucharse hablar, y suelen centrarse más en el camino recorrido que en el que les queda por recorrer. En mi afán de investigación, trato incluso de contactar con quiénes ya han pasado por la muerte. Pero esta rama no me lleva más que a silencios o a caras estafas de médiums de poca monta que, acostumbrados a fingir palabras de consuelo para familiares afligidos, se bloquean hasta perder su personaje en cuanto intento entrevistar al difunto sobre cuestiones científicas.

En casa, las cosas ya no van tan bien como cuando estudiaba, mi mujer empieza a quejarse de que ya casi no paso tiempo allí. Y mi hija tiene ahora una nueva y flamante preocupación más importante de su vida. Ha suspendido por tercera vez el examen de conducir, a pesar de que sacó un diez en el teórico a la primera; ya les dije que estudiar ha dejado de ser un problema.

—Tienes que tener paciencia —la consuela mi mujer—, hay mucha diferencia entre la teoría y la práctica, es difícil pillarle el tranquillo.

Y así, con una simple frase que ni siquiera iba dirigida a mí, se desbloquea la tercera fase de mi investigación. La práctica. No puedes enfrentarte a un suceso como la muerte sin haber practicado. Así que durante meses me caigo de motos, salto de puentes de poca altura, nado en remolinos cuando se forman en playas con socorristas y, en resumen, cabreo a mucha gente, a la que más, mi mujer, bueno, ahora mi exmujer, que afirma que una cosa es vivir con alguien obsesionado con la muerte, y otra con alguien que intenta morirse. Todos mis intentos para explicarle la diferencia entre “intentar morirme” y “practicar para la muerte” son infructuosos. Da un portazo digno de mi hija y se va.

Ahora estoy en una cama del hospital que visitaba para entrevistar enfermos terminales. Por lo visto, hay un número límite de veces que te puedes electrocutar antes de convertir tus órganos internos en brasas de barbacoa. De esta no salgo, y tengo que reconocer, muy a mi pesar, que estoy muerto de miedo. Mi hija me coge la mano, y me sonrío con los ojos llenos de lágrimas.

—Tenías razón —digo con gran esfuerzo a pesar de la medicación—. Marta Vázquez era una bruja.

Bueno, eso creo que digo, a ella debe sonarle algo así como un gruñido, porque me responde.

—No tengas miedo, papá. Vas a estar bien.

Querido lector, si has encontrado este diario y quieres continuar con mi investigación, los archivadores están en la estantería de mi despacho, convenientemente etiquetados. Y a título personal te sugiero, que evites la electricidad.